

OCTAVIA E.
BUTLER

«Una distopía de esperanza y terror ambientada en 2020 que explora cómo las crisis pueden alimentar nuevos movimientos religiosos e ideológicos»



La
parábola del
sembrador

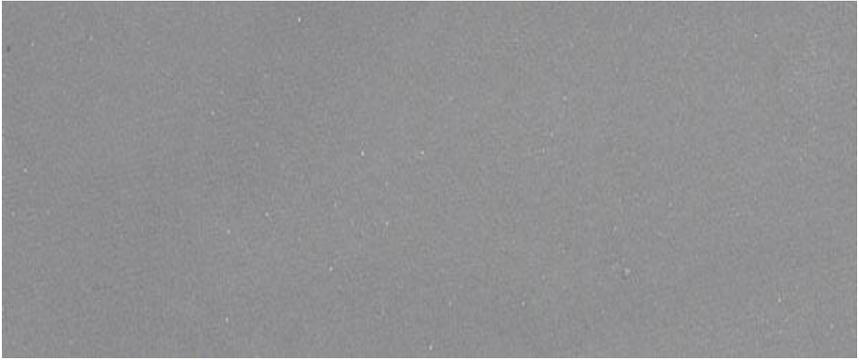
Prólogo de **Gloria Steinem**

Esta aclamada novela posapocalíptica de esperanza y terror, de la galardonada escritora Octavia E. Butler, armoniza con otras grandes obras distópicas, como «1984» o «El cuento de la criada».

Cuando el cambio climático global y las crisis económicas conducen al caos social a principios de la década de 2020, California se llena de peligros, desde la escasez generalizada de agua hasta las masas de vagabundos que harán cualquier cosa para sobrevivir otro día más. Lauren Olamina, una joven adolescente de quince años, vive dentro de una comunidad cerrada con su padre, un predicador, su familia y sus vecinos, relativamente protegida de la anarquía circundante. En una sociedad donde cualquier vulnerabilidad es un riesgo, ella sufre de hiperempatía, una sensibilidad debilitante hacia las emociones de los demás. Precoz y lúcida, Lauren debe hacer oír su voz para proteger a sus seres queridos de los desastres inminentes que su pequeña comunidad ignora obstinadamente. Pero lo que comienza como una lucha por la supervivencia pronto conduce al nacimiento de una nueva fe y a una sorprendente visión del destino humano.

Introducción

GLORIA STEINEM



Si hay algo más aterrador que una novela distópica sobre el futuro, es una novela distópica sobre el futuro que se escribió en el pasado y que ya ha empezado a hacerse realidad. Esto es lo que hace que *La parábola del sembrador* resulte aún más impactante que cuando se publicó por primera vez.

Hace veinticinco años, la formidable Octavia Butler escribió este primer volumen de lo que iba a ser una trilogía. Desgraciadamente, murió a la temprana edad de cincuenta y ocho años, pero por suerte tenemos esta novela y su secuela, *La parábola de los talentos*. El título hace referencia a los versículos de la Biblia que describen no la semilla, sino los diversos terrenos en los que esta cae; un reto para los lectores, que serán el terreno de las semillas de advertencia.

La historia empieza en una California del futuro que está dividida en tres mundos superpuestos: el de los poderosos, que poseen y controlan el agua, la electricidad y el cultivo de alimentos; el de una clase media en apuros, formada por gente que vive en vecindarios cercados por muros, usa armas de fuego para protegerse y hace todo lo posible por aferrarse a un orden ya pasado; y el de la gente sin hogar, los analfabetos, los moribundos y las prostitutas de las calles de la ciudad y el campo, que roban a los vivos y rebuscan entre cadáveres insepultos que se quedan tirados allí donde caen.

En todos estos mundos, el agua cuesta más que la gasolina; la policía y los bomberos atienden solo a quienes pueden pagarles; saber leer y escribir es una destreza tan rara que se ha convertido en una ventaja a la hora de con-

seguir trabajo; circulan drogas sintéticas que despiertan una obsesión por el fuego entre quienes las consumen, y nadie está a salvo de atracos, violaciones ni incendios a pesar de las armas, los muros, los portones y los niveles de protección.

Entre esa clase media que vive en vecindarios amurallados y lucha por mantener un orden pasado es donde encontramos a una adolescente llamada Lauren, nuestra narradora. Es inteligente y susceptible a la esperanza y al miedo, a los amigos y a las traiciones. Además, sufre el síndrome de hiperempatía, que ha heredado de su madre drogadicta y que le hace sentir el dolor de todo ser vivo que tenga cerca, animales incluidos, pero ese dolor puede ser tan grande que la inmoviliza hasta el punto de no poder ayudar a quien está sufriendo. La hiperempatía es capaz de causar tanto dolor que Lauren puede acabar ayudando a morir a quien sufre; Butler no es nada romántica respecto al coste de la empatía. En la complicada vida personal de Lauren, primero la vemos con su familia; luego, cuando la pierde y se echa a andar hacia el norte a través de una tierra sin ley, con un amante y amigos dispares, se convierte en una líder que no solo mantiene unido al grupo, sino que, pudiendo abandonarlo y salvarse, se niega a hacerlo. También es una poeta que imagina el futuro. En un libro titulado *Semilla Terrestre: los libros de los vivos*, nos cuenta lo que termina siendo el tema del libro de Butler: que el destino de la raza humana es emigrar a otros planetas y sistemas solares.

Con esto no estoy desvelando la trama. Los distintos acontecimientos atrapan igualmente por su inmediatez, su intimidad y la extraña semejanza con lo que ya estamos viviendo. De hecho, es probable que los lectores se sorprendan imaginándose cómo continúa la historia mucho después de haber terminado el libro. Para Butler, el futuro depende no solo de una fuerza inmensa como el calentamiento global (que aquí se representa como una realidad gradual y aterradora de largas sequías seguidas de inundacio-

nes), sino también del comportamiento humano. Deja muy claro que fue este el que provocó el calentamiento global y no al revés; por lo menos, hasta que fue casi demasiado tarde. A diferencia de muchos autores de ciencia ficción, pero al igual que muchas autoras feministas de ciencia ficción, como Joanne Russ, Ursula K. LeGuin y Marge Piercy, Butler no se limita a crear un futuro basado en una ciencia y una tecnología nuevas: también nos muestra el resultado del comportamiento humano anterior que las guía.

En el mundo de la ciencia ficción, que en vida de la autora estaba hecho por y para escritores y lectores hombres blancos, siempre se ha visto a Octavia Butler como una anomalía. Ella, sin embargo, sentía que encajaba como nadie: «Soy negra, soy solitaria, siempre he estado en los márgenes». Sus personajes son jóvenes y viejos, hispanos, afroamericanos, entre otros, y todos ellos responden a las formas más naturales y únicas de ser estadounidense.

Cuando la joven Lauren empieza a cruzar el país andando para salvar su vida futura, por ejemplo, resuena un eco de los esclavos africanos que, en el pasado, ponían rumbo al norte para salvar la suya. Cuando están definiendo a Dios, a sus personajes se les ocurre la idea de que Dios es Cambio, la Verdad de la Vida.

No es de extrañar que Octavia Butler fuera la primera escritora de ciencia ficción en recibir un premio Genius de la fundación MacArthur, ni que motivara a millones de lectores que nunca antes se habían visto atraídos por la ciencia ficción ni la fantasía futurista, ni que los autores de ciencia ficción afroamericanos (en su mayoría mujeres, pero no solo) la citen como su casi única fuente de inspiración, ni que los libros de ciencia ficción que leyó de niña fueran regalos de las familias para las que su madre trabajaba de criada, ni que ahora se la traduzca y lea en países de todo el mundo, ni que su propia vida suene a ciencia ficción.

Pero, como ella misma acostumbraba a señalar, lo que escribía no era ni ciencia ni ficción, porque «todas las lu-

chas son en esencia luchas por el poder: quién va a mandar, quién va a dirigir, quién va a determinar, a perfeccionar, a confinar, a diseñar».

Octavia Butler ponía sobre la mesa nuestras auténticas posibilidades como seres humanos. Y creo que puede ayudarnos para que cada uno de nosotros haga eso mismo.

La
parábola
del
sembrador



2024

*«El prodigio es, en esencia,
flexibilidad y una obsesión persistente y positiva.
Sin persistencia, lo que queda es el entusiasmo
del momento. Sin flexibilidad, lo que queda puede
canalizarse hacia un fanatismo destructor.
Sin una obsesión positiva,
no hay nada de nada».*

LAUREN OYA OLAMINA
Semilla Terrestre: los libros de los vivos

01

*«Todo aquello que tocáis
lo Cambiáis.
Todo aquello que Cambiáis
os Cambia a vosotros.
La única verdad perdurable
es el Cambio.
Dios
es Cambio».*

Semilla Terrestre: los libros de los vivos

Sábado, 20 de julio de 2024

Anoche tuve ese sueño que se me repite. No sé de qué me extraño. Me viene cuando me enfrento a algo, cuando me enredo en mi propio anzuelo e intento fingir que no pasa nada fuera de lo común. Me viene cuando intento ser la hija de mi padre.

Hoy es nuestro cumpleaños: yo cumplo quince y mi padre cincuenta y cinco. Mañana intentaré hacer algo que le guste; a él, a la comunidad y a Dios. Así que anoche soñé con un recordatorio de que todo esto es una mentira. Creo que tengo que escribir sobre el sueño, porque esta mentira en concreto me perturba mucho.

Estoy aprendiendo a volar, a levitar. Nadie me está enseñando. Aprendo yo sola, poco a poco, una clase en sueños tras otra. La imagen no es muy sutil, aunque sí persistente.

Llevo ya muchas clases, y vuelo mejor que antes. Ahora confío más en mi destreza, pero sigo teniendo miedo. Todavía no controlo del todo las direcciones.

Me estiro hacia la puerta. Es una puerta como la que hay entre mi habitación y el pasillo. Parece que está muy lejos de mí, pero me estiro hacia ella. Con el cuerpo rígido y en tensión, suelto aquello a lo que estoy agarrada, algo que hasta ese momento me ha impedido elevarme o caer. Y me estiro en el aire, haciendo fuerza hacia arriba, sin llegar a subir, pero tampoco cayendo del todo. Entonces sí que empiezo a moverme, como deslizándome sobre el aire, a la deriva, unos palmos por encima del suelo, atrapada entre el miedo y el disfrute.

Me dejo llevar hacia la puerta. De ella sale un resplandor pálido y frío. Luego me deslizo un poco a la derecha, y un poquito más. Me doy cuenta de que voy a chocar contra la pared en lugar de llegar hasta la puerta, pero no puedo parar ni darme la vuelta. Me aparto de la puerta, del resplandor frío, y voy hacia otra luz.

La pared que tengo delante está ardiendo. El fuego ha salido de la nada, ha devorado la pared, ha empezado a acercarse a mí, a intentar alcanzarme. Se extiende. Entro en él. Arde a mi alrededor. ¡Me agito y me revuelvo e intento salir nadando hacia atrás, agarrando puñados de aire y fuego, pataleando, en llamas! Oscuridad.

Puede que me despierte un poco. A veces me pasa, cuando el fuego me engulle. Eso es malo. Cuando me despierto del todo, no puedo volver a dormirme. Lo intento, pero no lo he conseguido nunca.

Esta vez no me despierto del todo. Me desdibujo hacia la segunda parte del sueño, la parte que es normal y real, la parte que sí ocurrió hace unos años, cuando yo era pequeña, aunque en aquel momento no parecía tener importancia.

Oscuridad.

Oscuridad que se va iluminando.

Estrellas.

Estrellas que emiten su luz fría, pálida, centelleante.

—Cuando yo era pequeña, no veíamos tantas estrellas —me dice mi madrastra.

Habla en español, su lengua materna. Está de pie, quieta y pequeña, con la mirada puesta en la amplia franja de la Vía Láctea. Hemos salido ella y yo, cuando ya estaba oscuro, a recoger la ropa del tendedero. Por el día ha hecho calor, como siempre, y a las dos nos gusta la fresca oscuridad de las primeras horas de la noche. No hay luna, pero vemos muy bien. El cielo está lleno de estrellas.

El muro del barrio es una presencia inmensa que acecha cerca de nosotras. Para mí es como un animal agazapado, quizá a punto de saltar, más amenazante que protector. Pero mi madrastra está conmigo y no tiene miedo. Me quedo pegada a ella. Tengo siete años.

Alzo la vista hacia las estrellas y el cielo negro y profundo.

—¿Por qué no veáis las estrellas? —le pregunto—. Todo el mundo puede ver las estrellas.

Yo también hablo en español, como me ha enseñado. Es una especie de intimidad entre nosotras.

—Por las luces de la ciudad —dice—. Las luces, el progreso, el desarrollo, todo aquello que ya no nos importa porque hace demasiado calor y somos demasiado pobres. —Hace una pausa—. Cuando yo tenía tu edad, mi madre me dijo que las estrellas, las pocas que podíamos ver, eran ventanas al cielo. Ventanas por las que se asomaba Dios para cuidarnos. Estuve casi un año creyéndomelo.

Mi madrastra me tiende una brazada de pañales de mi hermano pequeño. Los cojo, vuelvo hacia la casa, donde ha dejado su enorme cesto de mimbre para la colada, y suelto los pañales encima del resto de la ropa. El cesto está lleno. Compruebo que mi madrastra no me esté mirando y me dejo caer de espaldas sobre el blando montón de ropa tiesa y limpia. Durante un instante, la caída es como flotar.

Me quedo allí tumbada, contemplando las estrellas. Identifico algunas constelaciones y repaso las estrellas que las forman. Las he aprendido en un libro de astronomía que perteneció a la madre de mi padre.

Veo el rayo repentino de luz de un meteoro que recorre el cielo hacia el oeste. Me quedo mirando con la esperanza de ver otro. Entonces mi madrastra me llama y vuelvo a su lado.

—Ahora hay luces en la ciudad —le digo— y no nos tapan las estrellas.

Sacude la cabeza.

—Hay muchísimas menos que antes. Los niños de hoy no tenéis ni idea de cómo era el resplandor de las luces de la ciudad, y no hace tanto de eso.

—Yo prefiero las estrellas —respondo.

—Las estrellas son gratis. —Se encoge de hombros—. Yo preferiría tener otra vez las luces de la ciudad; cuanto antes, mejor. Pero las estrellas podemos permitirnoslas.